Manuel Fernández Anta, un anciano escritor que guarda en sus versos la esencia de las enseñanzas de siempre

Tiene 83 años bien llevados pero vive solo porque la muerte le arrebató uno a uno a todos sus familiares. En 1979 sufrió el golpe más duro: su única hija, una colegiala de 15 años que estudiaba en O Barco, se murió de forma repentina. A él nadie le supo explicar por qué Josefa dejó de respirar aquel frío día de invierno poco después de haberse lavado la cabeza. Pero Manuel Fernández, labrador y antiguo cartero, decidió responder a los envites de la vida con versos. Los ha escrito en castellano y a cientos. Asegura que hace poco tuvo que quemar «un saco lleno de poesías» porque tenía demasiadas. Pero las conserva en su memoria y puede recitarlas de un tirón ante quien quiera oirlas. «Cuando me muera, como le pasó a nuestra Rosalía, ¿para qué las querré?», dice.

«Quemé un saco lleno de poesías»

O BARCO. SANTI PALMEIRO

Manuel fue a la escuela lo justo para aprender a leer y a escribir. Para él, los besos son una fenomenal sementera y, por el contrario, hacer el mal a los demás, es la peor siembra que puede hacerse.

—Perdone, ¿puede decirme de dónde es?.

— Soy de la provincia de Orense, ayuntamiento de La Vega, Partido Judicial del Barco, mi pueblo se llama Meda.

—Ah, de A Veiga.

— Doy un saludo a La Vega, a los enfermos y a los sanos, a esta hermosa tierra, a solteros y a casados... ¿Mandeusté?

—Digo que es una bonita tierra, sí.

—En la provincia de Orense, ayuntamiento de La Vega, se ha construido un lago en una pequeña rivera. En el pueblo de Alberguería, en el llamado salto de Prada, es donde hicieron la presa, y se quedó el agua parada. Alberguería...

—¡Qué pena!, ¿verdad?.

—Y yo dije: Al pueblo de Alberguería, que es un pueblo muy nombrado, pronto va a llegar el día en que se quedará anegado. Adiós pueblo de Alberguería, pueblo de mi corazón, ya se me va la alegría y pronto también la ilusión. He visto muchas desgracias...

—Que nunca suelen venir solas.

—Se me ha muerto la mujer, también se me murió mi hija, no sé qué puede ser, que la desgracia siempre es fija. Doy un saludo a mi casa, destartalada y sin cristales, no sé lo que en ella pasa, para que acudan todos los males.

—¡Cuánto lo siento!

—He renunciado a mi patria, a mi pueblo, por una chica tan guapa que Dios me mandó del cielo. No tenía más que un amor, y Dios me lo quiso llevar, bendito sea el Señor, que hizo la tierra y el mar.

—¡Animo, hombre!

—Pobre del labrador, que no ve cine ni teatro, siempre come lo peor, y paga el pato.

—Sí, así suele ser.

— Cuando en el jardín sale la maravilla, viene la helada y la pilla...

—Dejemos las poesías.

— Bueno, pero tienes que saber que la gente de mente pequeña es parecida a las botellas de cuello estrecho: cuanto menos contienen, más ruido hacen para vaciarse.

SIMÓN BALVÍS

Este hombre se deshizo de centenares de composiciones que no puede olvidar en su mente

—De todo hay en este nuestro mundo.

—¿El mundo?. ¿Sabes por qué es redondo?. Porque si no, ocuparía mucho más. Dicen que es grande y tiene dos movimientos, no hay quien pueda atajarle, en sus mareas y vientos...

—¿Pero, más poesías?

—El hombre superior es imposible por naturaleza; poco le importa que le alaben o le censuren: no escucha nada más que la voz de su conciencia. El hombre superior...

—Usted no es muy alto.

—No soy alto porque durante toda mi vida tuve que levantar muchos pesos. ¡Era el que más fuerza tenía de por aquí!.

—Y eso que antes se pasaba mucha hambre.

—Pero había matanzas como ahora. Iban todos. Juan iba a Pedro y Pedro a casa de Juan. Andaban así ocho días de romería y la gente adelgazaba, pero... Galicia tiene ganados, maderas, pescados, riberas. Y Galicia todos los años, quitó el hambre con sus tierras.

Filosofía popular sobre la procreación en tierras gallegas

Nuestro hombre nos dice que en Verín «cada uno dormía con su novia pero no lograban tener familia. Por fin la mujer recomendó: 'Bebe viño de Verín porque é bon para ti... e para min'. ¿Sabeusté?. Las mujeres gallegas tuvieron muchos hijos porque eran buenas sementeras... ¿Qué cosas hay en el mundo, en tiempos de primavera, que con un amor tan profundo, salen las flores afuera?».

—Pero la sementera la hacían los hombres...

— Todos dependemos de un padre, como es obra de virtud, la tierra común es la madre, de la cuna al ataúd.

—Me dan miedo las cosas tristes, ¿sabe señor Manuel?.

—Galicia con sus praderas, castaños y buen viñedo, con sus montañas y sus riberas, ¡nunca ha tenido miedo! (...) aquí nace el sol, nace por la mañana, yo como soy español, siempre digo «Viva España». Mi poesía es ciencia, amigo.

—Usted sí que es como un árbol de la ciencia, sí.

—El árbol no admite capricho, el árbol no admite rencor, la misma Virgen lo ha dicho, de él es la Cruz del Señor. Pero que nadie maltrate al árbol; si de él hicieron la Cruz, han hecho también la cuna, y pronto el ataúd.

—Y el palo de la bandera.

—De madera es el escaño, de madera la mosquera, hay un sinfín de cosas, todas ellas de madera. Y, ¿para qué hacer daño al palo de la bandera, que también es de madera?. ¡Espera!. Pero, ¿a dónde vas?.

—Para O Barco...

—Cuando tomes café en O Barco, y luego te cortes el pelo, quedarás ¡seguro! muy guapo, y buscarás novia sin miedo... ¡Espera!.

Registrar las rimas para que tengan valor, según el autor

Es realmente imposible pasar un rato con Manuel Fernández Anta sin oirle hablar en verso. Los adelantos de la técnica en estos tiempos le provocan cierto pavor. Algo parecido le sucede a la hora de hablar y por este motivo utiliza casi de forma exclusiva el idioma castellano para expresarse. En los últimos tiempos se ha atrevido a escribir algunos de sus versos en gallego pero son los menos.

Incansable

Entre los unos y los otros Manuel Fernández tiene, desde luego, argumentos para estar recitando horas y horas sin parar.

Y así dice que la poesía «tiene que ser registrada porque si no, no vale para nada; ¡no puede andar volando por el aire!. Las mías, las regalo todas porque, ¿para qué las querré una vez muerto como Rosalía de Castro?. Pero, ¿esto ha quedado bien grabado, verdad?. ¿Lo has grabado?».

—Sí, todo, todo.

—Entonces voulles falar en galego, como fala a miña nai, e voulles falar sen medo, porque fala coma esta, non lla hai...

—No, no. Ya es suficiente.

—¡Usted también!. Ahora todo en Santiago, todo en Compostela. ¿Sabe?. ¿Por qué no le dan un laudo a Orense?. Con afiladores, con gente que inventó la ciencia en los calendarios cuando aún no se sabía nada... ¡Cuando escriban, miren también algo por esta provincia, hombre!.

Así es nuestro protagonista y así le dejamos.